

Dalí, un hombre normal

Por Sebastián SALAZAR BONDY

El mero anuncio de una exposición de obras —sólo tres— de Salvador Dalí desencadena un alud de artículos en torno a la persona y la personalidad del discutido pintor catalán. Hay ciertas gentes que poseen este singular don de agitar el mar de la opinión y provocar, ahí donde aparecen, la polémica y el interés público que ella suele suscitar. Alguien ya ha recordado que André Bretón, reñido con Dalí, compuso un agravante anagrama con las letras que conforman el nombre y el apellido del famoso artista: **Avida Dollars**. El significado del apelativo es obvio. Sedito de dinero, Dalí aparece en él como un traidor a la causa del arte, como un Judas de la creación estética. Se ha dicho y se ha repetido infinitamente que Dalí no quiere otra cosa que sorprender al mundo y negociar con dicha sorpresa.

Hay que reconocer, sin embargo, que no basta la voluntad de dejar boquiabiertos a los espectadores para que éstos desanden la faltriquera y paguen sumas fabulosas por los frutos de una aparente locura. Los manicomios están llenos de personas que, lejos de ganar, han caído en la miseria por causa de la triste dolencia mental. Entonces, a la extravagancia hay que añadir algo más. Un sentido, tal vez, que mide bien hasta qué punto se admite que un acto escape a la órbita de lo normal. La publicidad de las estrellas cinematográficas es un neto testimonio de que el problema consiste en ser, paradójicamente, un loco



mesurado. Los escándalos de Dalí no son, ni con mucho, los de un tipo que ha perdido la chaveta. Si se contempla con detenimiento su caso, se distingue fácilmente la gran coherencia que hay en todo lo que hace y dice, desde que apareció en la escena pública contemporánea.

Su pintura, por ejemplo, no difiere en lo substancial de la académica (de la que la gente acostumbra erradamente a llamar "clásica"). Una sola diferencia existe entre ambas: la de Dalí reúne en el tema objetos insólitos. En vez de pintar un paisaje con ovejitas, pinta un reloj lleno de hormigas en un desierto. El reloj, las hormigas y el desierto están descritos con la misma minuciosidad del prado, el pastor y su rebaño en la tela del pintor académico. La sorpresa que Dalí propone no es pictórica, sino simplemente formal, anecdótica. Buen dibujante —a veces extraordinario—, pintor dueño de un oficio eficaz, su imaginación, que la tiene a borbotones, no ha pasado, pese a todo, la raya. Esa raya, por ejemplo, que Picasso traspone a cada rato con resultados ya geniales, ya frustráneos. Véase que Dalí no tiene arrestos demenciales, como se supone y se acepta indulgentemente.

En cuanto a sus libros —alguno de ellos impreso con facsímiles de sus manuscritos para evidenciar sus caprichosos errores de ortografía—, no contienen teoría de la pintura, interpretaciones de su experiencia de artista, juicios meditados sobre su vida y sus obras. Son colecciones de "boutades", de frases osadas o provocativas, de fábulas notoriamente hechizas. Aquí también se mantiene "dentro de la ley". Lo auténticamente valioso en un libro es la controversia incluida en el fondo, en la tesis, no el ingenio para exponer ideas que no integran un sistema o una cosmovisión. Lo mismo puede decirse de sus actos y sus desplantes: los sensacionales bigotes —antenas, según su graciosa expresión— despiertan la risa, no la indignación. El buen burgués sonríe ante ellos y se queda tranquilo. Muy distinta es su actitud cuando ve un cuadro que se llama "Guernica", se enfrenta a un libro que protesta contra la discriminación racial o sabe que hay un film que combate la indiferencia de su clase con respecto a la desdicha de las masas.

¿Es Dalí el "Avida Dollars" que dijo Bretón? Quizá. No es algo raro en nuestro tiempo. Su notoria normalidad la da, precisamente, este espíritu publicitario que tantos identifican como esencialmente lucrativo. Además de ello, es preciso reconocerlo, sabe apretar ese resorte humano contemporáneo que mueve la curiosidad unánime de inmediato. Ello es una forma del talento, que unida a sus cualidades de artista —que las tiene y en gran dosis— dan un producto detonante y, sin embargo, natural. Nadie puede con respecto a nadie pronosticar la gloria futura, menos en este lapso crucial de la historia del hombre en que todo está en crisis, todo es cuestionable, todo es posible, todo es válido, todo es bello e inundo. ¿Qué dirán los siglos venideros de este pintor? El cronista se atreve a suponer una cosa en concreto: esos tiempos impredecibles lo verán como una floración típica del siglo XX, un producto normal de esta edad, un resultado natural de esta era sin rumbo.

1/7/59